

Editorial: **Ayer me suicidé**

Por Carlos-Roberto Peña-Barrera (editor general)

Puede sonar un poco incoherente y dramático, pero esa fue su realidad, y se las contaré, con la reserva pertinente, por supuesto.

El año pasado me dijo, destrozado, todo lo que había ocurrido en un tiempo que ni él mismo había supuesto tan largo para sí y su hogar. De padres sencillos, creció con todas las fuerzas de llegar a ser algo totalmente distinto a lo que había visto en su padre, sus tíos y sus vecinos. La idea de seguir en el mismo barrio no lo animó. Sus amigos queridos siempre los llevará en el corazón, y cree añorarlos más que nunca, aunque sigan en los oficios heredados de una y otra generación. Así fue. Creció, se destacó en el estudio, alcanzó los primeros puestos en su escuela, fue siempre el primero en la tabla de calificaciones: todo eso lo hizo ganarse una beca en una muy buena universidad.

Dicho entorno fue difícil de afrontar. Pese a la beca, era claro que no vestía como los demás compañeros y que su contexto no era en lo más mínimo cercano a la otra orilla económica que tenía en frente. Aun así, como siempre hay personas que ven más allá de lo que hay en los bolsillos, encontró un par de compañeros con ceso y corazón; igual que él: con lo apenitas, pero muy competentes. Me dice que se abstuvo con mucho esfuerzo de las tentaciones que batallan contra el ser. De modo que su vida se enfocó en seguir adelante como el mejor en la parte académica, que no estaba llenando sino su mente. Con el dedo señalado hacia el corazón, me dijo que allí le hacía falta algo. El destino misericordioso le puso al frente una chica modesta, inteligente pero no brillante (como se tilda que deba ser), que lo amó de verdad. Ese encuentro cambió su vida. El vacío se fue llenando con los días que pasaba con ella, con lo que aprendía y disfrutaba. Aunque después todo cambió, pero solo por su culpa.

Luego de graduarse de la universidad, le pidió que se casaran, y lo hicieron. Él se ganó una beca para estudiar un posgrado fuera del país, que le llevó cinco años hasta ser PhD. En todo ese tiempo, ella lo acompañó. Los hijos esperaron tras la promesa de que vinieran después de llegado el título. Al regresar al país, trató de buscar por todos los medios un trabajo digno de sus competencias. No lo halló por meses. No importó que supiera, además de español, dos idiomas. En una entrevista en una universidad, prácticamente se vio aplastado por las fichas que, desde un principio, ya cantaban un jaque mate para él. Toda una desilusión. Sin embargo, su suerte cambió después de varias entrevistas en universidades, porque era el único lugar para que un PhD pudiera encontrar trabajo de manera transparente. Afuera, no había nada. Todo era “palancas”, “roscas” y silencios frente a un salario bueno, al cual tenía que dejar hasta un 50% como pago a un “padrino político”. ¡Qué horror”!

Ya llevaban siete años de casados; él con 30 y ella con 29. Ella, por descuido, quedó embarazada, mientras él se vinculaba a un proyecto de investigación en aquella universidad que lo contrató de medio tiempo y por un año de prueba. La noticia de ser padre no le cayó muy bien. Creyó que su vida laboral se vendría a pique. Hizo de tripas, corazón. Nació su

hijo, pero acompañado de su hija. No se los imaginaban, pero así son las cosas del destino. Por no querer, le sirvieron dos tazas. Ellos, la niña y el niño, crecieron al cuidado de su madre. De parte de ella nunca les faltó amor. De su padre tampoco, pero a su manera, porque era más el tiempo en la universidad, en sus investigaciones y cosas por el estilo, que a veces tan solo se hablaban por teléfono, cuando ellos lo llamaban.

Me cuenta que duró por años como una persona delgada, pero que empezó a ganar peso, se sentía cansado, pero seguía en sus labores como profesor e investigador sin importar eso. Confiesa que veía más a sus alumnos que a sus hijos y que compartía más tiempo con su asistente que con su esposa. Su trabajo se volvió su casa y su casa, las tan añoradas vacaciones que nunca quiso que llegaran. Esa es la verdad.

Sus hijos ya son grandes. Ambos están empezando la universidad. No obstante, en medio de lágrimas, me dijo que no supo qué era ser padre de sus hijos. En realidad nunca tuvo tiempo para ellos. El trabajo y el medio competitivo de la academia “le obligaron” a cambiar el tiempo de la cena por horas frente a la computadora para terminar proyectos, artículos, capítulos de libros, ponencias y más y más cosas. Su resignada esposa le pidió que se separaran hace más de dos años por cosas tan insoportables alrededor de la falta de amor conyugal. Siguen viviendo juntos, pero en habitaciones aparte. Ella nunca ejerció su profesión en lo que había soñado, pero se dedica a un oficio maravilloso: amar y cuidar a sus hijos y enseñar a otros niños en sus tareas desde su casa.

Era verdad. Tenía una excelente hoja de vida. Envidiable. Tan larga y con tantos logros, que por más resumida que se obligara a hacerla, no se reducía a menos de doce páginas. Al principio, no le fue fácil, pero luego su esfuerzo fue recompensado con muchísimas producciones, invitaciones, charlas, etc., que no se negaba por el interno afán que estaba en lo profundo de su alma de ser mejor y mejor que lo demás. De llegar a la perfección preponderante de firmar sus documentos con todas las siglas de sus títulos y los cargos y funciones ejercidas. De alguna manera se le había pegado la arrogancia, orgullo sobrado y petulancia de sus “competidores”, ya también internacionales e iguales que él: en el cielo de su carrera, pero en el infierno de su casa. Habían ganado todo el mundo, pero habían perdido a sus cónyuges e hijos, en su gran mayoría.

Recordando su currículum, me dice que con gusto lo votaría a la basura por ser el padre y el esposo que le faltó a su casa. Perdió su verdadera vida. El tiempo con los suyos nunca volverá. Recuperarlo es todo un desafío (imposible). Ya es un hombre que toca los cincuenta. Fue un idiota, lo sabe, pero ha tomado decisiones drásticas: dejar en el pasado el afán de más, por la calma de reconstruir lo suyo: su esposa e hijos.

Decidió suicidarse. Y fue lo mejor. La vida curricular la dejó allí clavada en la más tenebrosa noche. El sol de la mañana eterna le está llenando del calor y las fuerzas por regresar a una vida linda, que puede tener grandes logros, sí, pero nunca más importante que el hogar.